

monias, que ya nos revelan los dolores de la madre de un Dios, ya los padecimientos del Verbo, ya nos trasportan á un mundo invisible á escuchar las músicas con que los ángeles rodean el trono del Eterno.

Carissimi cierra aquella época (1649); y el arte ha ido cada vez peor, por más que Bach, Hændel y Haydn se hayan esforzado por reducir los efectos de la antigua música religiosa á las condiciones del arte moderno.

CAPÍTULO XIV

LOS ARTISTAS Y LOS MECENAS.

De este modo la Italia, en los momentos en que perdía su independencia y la esperanza de recobrar su libertad, se entregaba enteramente á las letras y á las artes, como un lenitivo, como un objeto de orgullo nacional, y como el medio de mostrarse superior á los bárbaros, cuya espada la oprimía. Pero ¿se ofreció este objeto á la imaginación de aquellos escritores y de aquellos artistas? ¿Cuáles son, además, las condiciones que hacen florecer el talento? ¿Por qué se vió surgir en esta época tan numerosa multitud de hombres ilustres? Estos son problemas que no nos corresponden resolver limitándonos á preparar su solución, al seguir en este largo intervalo, á la decadencia y prosperidad parcial de las artes y del talento.

Que una filosofía vulgar vague en torno de aquella curva fatal al rededor del cual gira la civilización, ó que la adulación atribuya á los príncipes el desarrollo de los gérmenes felices, siempre se hallarán numerosas pruebas en apoyo de estas dos tesis en la historia, que desde luego presta fuerzas á todos los sistemas.

Ningun siglo merece mejor que el de los Médicis el sobrenombre de Siglo de Oro; y nunca los honores y los premios dados á los hombres de mérito fueron tan espléndidos y universales. Francisco I invitó á los italianos á que viniesen á reanimar el gusto á lo bello, y Leonardo de Vinci, Primaticcio, Cellini, Andrés del Sarto y toda una colonia de artistas, dejaron en este país obras y discípulos. Al mismo tiempo Alamanni y los Strozzi, acogidos en Francia con aquella hospitalidad generosa que otorga siempre á los extranjeros, inspiraban el gusto á aquella literatura, con que había sido celebrada recientemente en Valclusa la bella Aviñonesa. El altivo Carlos Quinto no se sonrojó por bajarse á coger del suelo el pincel del Ticiano, y se levantó cuando llegó Miguel Angel,

esclamando: «Hay muchos emperadores, pero son pocos los artistas como vos.» (1) También respondió á los cortesanos que se indignaban por los honores que hacia á Guicciardini. «Con una palabra puedo hacer cien caballeros, y todo mi poder no es bastante para formar un escritor como él.» El orgulloso Julio II mandaba correos incesantemente para llamar á Miguel Angel, y llegó hasta el extremo de disculparse con él, por haberle hecho esperar. Muchos príncipes y papas lo sentaban á su lado, y Venecia y Francia, y hasta el gran señor, lo llamaban continuamente. Cuando murió en Roma, se llevó su cadáver para que reposase, no en la basílica del cristianismo, sino en Florencia, en el templo dedicado á los grandes hombres. Los emperadores de Alemania y los reyes de Francia y España tenían sobre las pilas bautismales á un hijo de Máttiolo, y el cardenal Bibiena quiso casar á una de sus sobrinas con Rafael.

El nombre de Leon X resume cuanto hay de notable en el amor á las letras; puso á disposición de los sábios, empleos, beneficios, dignidades de la Iglesia, y hasta sus mismas riquezas. Tenía por secretarios á Bembo y á Sadoletto, escritores latinos superiores á cuantos les habían precedido. Encargó á Beroaldo de la conservación de la biblioteca del Vaticano; hizo que se fijasen en Roma Juan Lascari y Marcos Musuro, célebres filólogos,

(1) Hé aquí la famosa idea de Fourier, de la autoridad imperial. «Si un día muriesen todos los príncipes, los presidentes, los mariscales, los prelados y la alta nobleza, todos serian reemplazados al siguiente día, sin causar otro mal que el sentimiento natural de la pérdida de gente tan principal; pero si los grandes artistas, los grandes literatos, los sábios mecánicos, los sastres y los zapateros muriesen, seria la pérdida irremediable.»

confiando al primero la dirección de un colegio especial para la enseñanza del griego, cuyos maestros habían sido llamados de Grecia, dotándolos además con una imprenta; asalarió á más de cien profesores en el colegio de Roma; y envió á buscar manuscritos diciendo: «Que favorecer los progresos de la literatura clásica, era una parte importante de los deberes pontificios.» Dió á Tibaldeo de Ferrara, venido á su corte de la de los Gonzagas, un sueldo y muchas riquezas, sin contar quinientos zequiles por un epigrama. Habiendo reconocido las felices disposiciones del jóven Flaminio, lo retuvo á su lado; y al mismo tiempo que oía con admiración y gusto las improvisaciones de Marone, prometía recompensas á los que descubriesen otro libro de Tito Livio ó de Tácito, concediendo privilegios á las ediciones más bien hechas.

Trasmitió á sus descendientes este gusto delicado, que había heredado de sus abuelos. El gran duque Cosme I fué estremadamente estudioso: escribía de su propio puño á los artistas, instaba á Miguel Angel á que volviese á Venecia y á que le llevase peces de los llamados sola, que le gustaban mucho. Francisco I, su hijo, versado en todo género de literatura, erigió las universidades de Pisa, de Florencia y de Siena, además de la academia florentina; fundó la academia de la Crusca y la magnífica Galería, aumentó la biblioteca Lorenzana, dió incremento á la botánica, atendiendo á cualquiera que tuviese mérito: escribía á Juan Bologna: «No podían menos de agradarnos, según ha sucedido, las dos figuritas que nos habeis enviado, no pudiendo ser otra cosa al tratarse de obras que salen de vuestra mano;» y Fernando I decía al mismo: «Deseamos que continuando en vuestro deseo de trabajar procureis tener principalmente cuidado de vuestra salud, porque esto importa más que todo lo demás.» (2) El mismo Fernando I compró la Venus de Médicis, empezó la capilla real de San Lorenzo, y estableció la imprenta con caracteres orientales.

Del mismo modo hemos visto obrar á los príncipes de Milan y de Nápoles, hasta el momento en que fueron derribados por los extranjeros. Las repúblicas confiaron á los literatos importantes comisiones, porque los habían recomendado ya sus caracteres. Alfonso I de Este, aunque ocupado por las continuas guerras, y poco instruido, hizo florecer de nuevo á la universidad de Ferrara, donde Lucrecia Borgia, Lucrecia y Ana de Este, é Isabel de Médicis colmaban de favores á la sabiduría, honrándola con su amor. Isabel de Este, mar-

(2) Juan Bologna les escribía, según él decía, ya á lo filósofo ya á lo escultor, pero siempre estaban sus escritos llenos de barbarismos; por ejemplo: «He recibido su dos cariñoso, aunque de uno mismo tenor, el cual da á V. S. infinitas gracias por el buena oficios que ha hecho acerca de S. A. S. á favor de aquel jóven de Saconia,» etc.

quesa de Mantua, no la favorecía menos. El belicoso Alviano, en el momentáneo intervalo de los combates, reunía en su casa de recreo de Pordenone á Fracastor, Cotta, Navajero y otros, á lo que llamaba su academia, complaciéndose é instruyéndose con ellos. El duque de Urbino, en medio del estruendo de las armas, había hecho á su corte asilo del talento y de la sabiduría. El mismo infame duque de Valentinois, y hasta el innoble Alejandro de Médicis, aspiraban á tener la reputación de hombres instruidos. Todos dirigían cartas muy familiares á Miguel Angel, Puccini, Bandinelli y Bronzino, discutiendo los proyectos y rogándoles que hiciesen cualquier trabajo; Felipe II escribía á Ticiano: «Me dareis un gran placer y me hareis un servicio si os ocupais en pintar ese cuadro con la mayor actividad posible.»

No solamente los príncipes, sino también los ricos, querían ser y mostrarse Mecenas. Entretanto qued el otro lado de los Alpes, la aristocracia se glorriaba de su ignorancia, y que el noble ponía una cruz por firma; no sabiendo escribir por su calidad de baron, en Italia adornaba su talento por el estudio de las artes y ciencias. ¿Qué no debió Rafael al cardenal Chigi, Juan de Bolonia á Bernardino Vecchiotti de Florencia, y aun Ammanati y otros á Marcos Mantua Benavides de Pádua? Angel Colloci reunió en la antigua quinta de Salustio los cipos, los bustos, las estatuas y las medallas, como también los fastos consulares. En Génova los Sauli, y en Milan los Sanseverino eran la Providencia de los literatos, y los tesoros de erudición recogidos por Pinelli, fueron los fundamentos de considerables bibliotecas (3).

La generalidad se conformaba á estos ejemplos, y el entusiasmo por los literatos era común. Apenas supieron los malhechores que habían sorprendido á Ariosto, quien era, lo respetaron. Desde que los artistas espusieron sus obras al público, llamaron la atención los sonetos á centenares, donde se les juzgaba con un sentimiento exquisito y una severidad de gusto que los maestros respetaban, y la posteridad ha sancionado. Cuando se desenterró en los jardines de Tito el grupo que Sadoletó reconoció por el de Laoconte, descrito por Plinio, todas las campanas de Roma repicaron en señal de alegría; y esta obra de mármol, rodeada de flores, fué llevada por toda la ciudad con una pompa triunfal al son de muchos instrumentos, y los poe-

(3) Merece mencion Juan Grolier de Lion nombrado en 1515 por Francisco I gran tesorero de Milan, donde se hizo querer; lo cual es muy extraño tanto por ser forastero, como por ocupar tal empleo. Así lo aseguran los literatos con los cuales se mostraba tan generoso, que habiendo ido á comer á su casa muchos de ellos, regaló á cada uno un par de guantes, y se hallaron con que estaban llenos de monedas de oro. Murió siendo intendente de hacienda de Francia en 1575, á los ochenta y seis años, y dejó la más rica colección de libros y medallas que había en Francia.

tas cantaron á porfía, en tanto que la subían al Capitolio con una solemnidad memorable, aun en aquel país donde todo es solemnidades. Tartaglia hizo publicar sus descubrimientos matemáticos al son de trompetas, recibiendo de todas partes problemas para resolverlos. A Rómulo Amaseo, natural de Udina, profesor de elocuencia se les disputaban Venecia y el papa, las universidades de Bolonia y de Padua; le llamaban también á porfía el cardenal Bembo desde Padua, Clemente VII desde Roma. Bernardo Accolti, de Arezzo, llamado el Unico, salía rodeado de prelados y escoltado de guardias suizas, iluminándose las poblaciones á su llegada. ¿Debia él declamar sus versos? las tiendas de Roma quedarían cerradas. Fué hecho duque de Nepi; y habiendo recitado delante del papa un terceto en honor de la Virgen, el auditorio rompió en aplausos, mezclados con estos gritos: «¡Viva por siempre el divino poeta, el incomparable Accolti!» Apoteosis hecha para engañar á la posteridad, si desgraciadamente para él no hubieran sobrevivido estos versos (4).

Si volvemos la medalla, la historia verdadera tiene mucho que rebajar el mérito de estos protectores. Leon X parece que no comprendió más que la belleza del estilo. Encargó á Leonardo un trabajo; más observando que se había puesto á destilar barnices y plantas, exclamó: «¡Ah, nunca hará nada; porque piensa ya en el fin de la obra sin haberla empezado!» Leonardo ignoraba seguramente las lisonjas, con cuya ayuda se adquiere el favor, además de que Leon no tomaba nunca por lo serio la protección que daba á los literatos. Ariosto se quejaba de que después de haberse dignado besarle en las dos mejillas, lo había dejado en la miseria (5) hasta el punto de no tener para comprarse una capa nueva. Bembo fué obligado á abandonar la corte de Leon X, que gustaba de los poetas cuyas agudezas lo entretenían, y se entregaba á jocosidades propias para desagradar á un hombre instruido y grave. El improvisador

(4) El Aretino nos los ha conservado: se reducen á un juego de palabras.

*Quel generasti di cui concepisti
Portasti quel di cui fatta fosti,
E di te nacque quel di cui nascesti.*

«En tí fué engendrado, de él concebiste, llevaste en tu seno al que te creó, y ha nacido de tí aquel de quien tú nacistes.»

(5) *Finche me ne rimembre esser non puote
Che di promessa altrui mai piu mi fidi.
La scioeca speme alle contrade ignote
Salí del ciel quel di che il pastor santo
La man mi strinse e mi baciò le gotte.*

«Mientras conserve la memoria no me fiaré nunca de las promesas de otro. Toqué la loca esperanza y los descubiertos caminos del cielo aquel día en que el pastor santo me apretó la mano y me besó en las mejillas.»

Camilo Querno, gran bebedor y gloton rematado, que recreaba con sus bufonadas los banquetes del pontífice, fué creado por éste archipoeta. Favoreció con el mismo título á Juan Gazzoldo y á Gerónimo Britonio, haciéndolos apalear cuando sus versos le desagradaban. A fuerza de elogios se hizo creer á Baraballo, abad de Gaeta, que era un segundo Petrarca, y Leon quiso coronarle. Un elefante, dado por Manuel de Portugal, fué adornado pomposamente y montaron en su lomo á Baraballo, vestido con el traje de los triunfadores, con la toga bordada de palma y el laticlave: toda Roma era una fiesta, y el dinero no se escaseó para hacer subir al Capitolio á un mal poeta, en medio de honores que el Ariosto no obtuvo (6).

¿Semejantes escenas se representaban para animar á las letras? y el que ama á una doncella la espone al ridículo.

Ariosto fué enviado como gobernador á la Gargagnana, país montuoso, que se había dado entonces á Alfonso. El cardenal Hipólito lo tuvo quince años en continuo movimiento para negocios de poca importancia, «cambiándolo de poeta en corréo;» después, cuando hubo comprometido su reputación por ensalzar hasta las nubes á una familia poco recomendable, oyó al prelado preguntarle: *Maese Ariosto, ¿dónde habeis aprendido tanta hojarasca?* (7) y porque se negó á seguirle á Hungría, se vió despedido, perdiendo veinte y cinco coronas de sueldo, que se le entregaban cada cuatro meses. El gran Leonardo de Vinci no tuvo el favor ni de Lorenzo ni de Pedro de Médicis. El último ocupaba á Miguel Angel en hacer estatuas de nieve, y se alababa de tener en su corte dos prodigios, á Miguel Angel y á un andarin español. Ni estos dos Médicis ni sus sucesores se atrevieron á terminar las grandiosas obras, comenzadas cuando el soplo de la libertad republicana no se había extinguido aún; el monumento de Julio II y la capilla de los Médicis quedaron sin concluir; Cosme, protector ignorante de las artes, prefería Vasari á Ticiano. Los desprecios del cardenal Farnesio hicieron morir de pesar á Onofre Panvinio, así como los del duque de Este apresuraron la locura del Tasso.

En lugar, pues, de aplaudir aquellos insensatos

(6) «Es una chanza el decir que ha sido coronado,» dice Virginio, hijo del poeta.

(7) *Opra che in esaltarlo abbia composta,
Non vuol che ad acquister mercè sia buona;
Di mercè degno e l'ir correndo in posta
Sio l'ho con laude ue' miei versi messo,
Dice ch'io l'ho fatto á piacere e in oio,
Piu grato fora essergli stato appresso.*

Sátira primera.

«No creyó que debía premiar la obra que había compuesto para enaltecerle porque digno de premio es solamente ir corriendo la posta... Si le he alabado en mis versos, dice que lo he hecho por gusto y por pasar el tiempo: mas le hubiera agrado que hubiera estado á su lado.»

deseos que para disculpar la inercia, oímos todos los días dirigirse hacia los grandes de cierta época, me parece muy digna de lástima la condicion de aquellos artistas y literatos, que no podían esperar la única recompensa desinteresada, es decir, el favor del pueblo y la gloria espontánea, sino que se veían precisados á buscarla en las cortes. Se puede también decir que no tenían público, y si sólo dos clases de lectores, los cortesanos y el clero. De aquí procedía la funesta necesidad del patronato, y la obligacion para los hombres de genio de resignarse á sufrir una proteccion, y á no reclamar tolerancia y perdon por la verdad que repugna, sino la seguridad para sus ócios á costa de su dignidad, carácter y pudor del arte.

Es cierto que nunca un artista podrá, por grande que sea, construir á Santa Maria de los Angeles ó la cúpula de San Pedro, ni pintar las galerías del Vaticano, si este trabajo no le es encargado por alguno que pueda atender á los gastos: es preciso necesariamente la alianza del genio que concibe y la riqueza que hace ejecutar; pero que no se diga que sólo la última basta para producir grandes hombres, y formar una época, no diremos de genio, pero ni siquiera de buen gusto. La parte moral de las bellas artes, la espresion y el objeto, que á nuestro parecer son el alma, no pueden menos sino perder, cuando en lugar de surgir del sentimiento íntimo, no obran sino por el mandato. Siempre que sea así, se verá renacer el predominio de la materia, la idolatria de la forma, que se refinará con detrimento de la idea, así como la multiplicidad de las obras será funesta á la originalidad.

El pueblo de los concejos, el pueblo creyente habia sacado las artes de la barbarie, y les habia dado impulso por senderos desconocidos, de una manera incorrecta si se quiere, pero atrevida, original y conforme á las nuevas necesidades. Entonces se construyeron en cada ciudad magníficas catedrales, y entonces resonaron los cantos de Dante. El conocimiento y el estudio de los antiguos, que sobrevino hubiera debido limitarse á pulir aquellas formas primitivas sin sofocar la inspiracion íntima, que en el siglo anterior habia acelerado tanto los progresos del espíritu humano.

El impulso popular ya habia suscitado á los hombres superiores; los Médicis, que los encontraron formados, tuvieron á lo más el mérito de emplearlos. Pero cuando las letras, las artes y la poesia, que son un mismo arte, es decir, lo bello revestido con formas sensibles fueron asalariadas por los príncipes, se divorciaron de las necesidades y sentimientos de la nacion, y perdieron en genio á proporcion de lo que adquirieron en gusto, convirtiéndose en un elemento aristocrático en lugar de ser una espresion popular; y colocados entre la calleja de donde salían, y las cortes que les estendiaban, los literatos, sin llegar á la refinada delicadeza de la aristocracia, perdieron la fecunda y nativa energia del pueblo.

El amor del arte hace prosperar al arte; pero de la proteccion, ó si se quiere, de la indole de ésta depende en mi concepto que aquellos grandes ingenios no hayan llegado á la cumbre, adonde puede llegarse solamente con la feliz reunion de todas las facultades del alma y del entendimiento. Con respecto á nosotros, que observamos las artes históricamente y como espresion de la sociedad, se nos permitido admirar su ejecucion y deplorar su objeto. Nos hemos complacido muchas veces en considerar lo que hubiera sido Ariosto, si en lugar de cantar aquella familia sin gloria de Ferrara, hubiera emprendido tratar el tema de Dante ó del Tasso, la *nacion* ó la *cristiandad*; lo que hubiera llegado á ser Guicciardini si no hubiese tenido que justificarse de los vergonzosos servicios que habia prestado á la tirania; Maquiavelo, si no hubiera escrito la historia por orden de Clemente VII, y el *Príncipe* para obtener un empleo; Miguel Angel, si no hubiese cambiado con tantas alternativas el cincel por la paleta y el compás, ni precisado á irritarse contra el mármol para forzarle á espresarse sobre los sepulcros de los Médicis un ideal en oposicion con las órdenes que debia ejecutar.

En medio de tantas reglas y de las censuras lanzadas en aquellas ruidosas y encarnizadas rivalidades, ¿se creyó nunca que el arte estaba obligado á hacer algo más elevado que el mismo? Agradar á la corte, á los literatos, tal era su único objeto. La religion desaparecia, y se creia sostenerla mandando escribir diatribas á Muzio. Se criticaban las inconveniencias que se habian introducido en la liturgia, y Leon X hacia corregir los signos y el breviario por las frases de Ciceron y Tibulo; la patria perecia y se cantaba; perecia y ningun hombre superior se levantaba á entonar el epicedio, con una voz que penetrase en los sepulcros y resonase un día como la trompeta de la resurreccion; perecia, y no habia un escritor que animase la historia con aquellos magnánimos acentos de despecho que permanecen como una protesta inmortal de las naciones.

Elegian el primer asunto que se les ocurria, con tal que permitiese desplegar las bellezas del arte. Tasso al menos agitó mucho tiempo en su cabeza la eleccion del asunto de su epopeya; el Ariosto no tuvo otro motivo, al adoptar el suyo, que hacer un poema en que se contentó con acomodarlo á las piedras salientes de otro. Alamanni escribió los suyos, porque aquel tema caballeresco agradaba á Enrique II; Bernardo Tasso estaba en su centésimo canto, y aun no sabia si su Amadis era de Galia ó de Gales (8); Vida y Fracastor can-

(8) Pregunta á Gerónimo Ruscelli en una carta de 4 de mayo, 1558, si debe titular á su poema *Amadis de Gaula* ó de Francia:

«No dudo que el autor de tan agradable y vaga composicion no la haya sacado en parte de alguna historia de Bretaña, embellecida y agraciada después con lo que en-

taron el gusano de seda y la sífilis, para manifestar que se pueden decir en latin cosas que los latinos no han tratado nunca.

De aquí procede la ausencia de toda dignidad en la moral y en los asuntos. Sannazar, cumplimentado por su piedad por Leon X y Clemente VII, prostituye á poesias lascivas la musa que habia cantado el parto de la Virgen; della Casa hace el elogio de aquel Carlos Quinto á quien habia representado como el azote de la Italia: aquel emperador no es menos incensado por Alamanni, que al oír que le echaba en cara sus palabras contra el águila rapaz y devoradora se disculpó diciendo, que la tarea de la poesia es mentir. Maquiavelo fué en calidad de embajador cerca del duque de Valentinois, y después á un capitulo de frailes; se describe al gran pontífice Borgia como un santo, y á su querida como una virgen, sin sospechar que haya en eso bajeza: Holbein hace sucesivamente el retrato de las mujeres de Enrique VIII, á quienes aguarda el sepulcro; Leonardo de Vinci trabaja para Luis el Moro, y construye arcos de triunfo para su vencedor. La única reflexion que el primero le inspira cuando, anota su caída en su libro de registro, es esta: «No ha acabado ninguna obra.» Rafael entenece con sus vírgenes, y al mismo tiempo escandaliza con sus Psiquis y sus Galateas; Miguel Angel fortifica á su patria contra los tiranos,

canta al mundo. Ahora bien, tengo por indudable que ha errado al dar á Amadis el nombre de su patria, no para dotar á la Francia con aquella reputacion, sino por no haber entendido la palabra *Gaules*, que en inglés quiere decir *Gallia*. Por otra parte creo, si no me engaño, que el hijo mayor del serenísimo rey de Inglaterra se hace llamar príncipe de Gales, únicamente por razon de los derechos que el dicho rey pretende tener sobre la corona de Francia. Y que es verdad que el autor se habrá engañado en la interpretacion, ó mejor, traduccion de la palabra *Gaula*, y que el primero que escribió esta historia quiso hablar de la Francia, puede verse en el libro II, cap. XX, en el que Gaudanel, envidioso de la gloria y grandeza de Amadis, dice al rey Lisuarte: *Ya sabéis, señor, que existió mucho tiempo la discordia entre este reino de la Gran Bretaña y el de la Gaula, porque de derecho, éste debe estar sujeto á aquel, como lo están los demás Estados comarcanos que os reconocen por superior.* Fácilmente puede conjeturarse por estas palabras, que el autor no queria designar otro reino que el de Francia. No seria una falta verdaderamente digna de vituperio, una falta no de descuido, pero sí de las que Aristóteles, en su *Poética*, considera como indignas de discurso, ¿si publicase este poema bajo el título de *Amadis de Gaula*, sin saber dónde se halla situado este reino? (Sin embargo esto es lo que ha hecho). ¿No veis que nombro algun puerto y algunas ciudades principales? Pero como podria engañarme fácilmente, no teniendo, como tantas personas, la práctica de las cosas de Inglaterra, en este punto como en otros muchos, os suplico que teniendo la proporcion que teneis del embajador de Inglaterra, ó de otros que pueden mejor daros noticias sobre estas particularidades, os informéis y me lo escribais. Hacer un poema en cien cantos, sin saber dónde ni cuándo pasa la accion, es cuanto hay que decir.

y los immortaliza con su cincel. Todos piensan lo que dice Cellini: *Sirvo al que me paga.*

La misma bajeza existia en las alabanzas que los literatos se prodigaban. Sin hablar de tantos nuevos Virgilio, Cicerones y Tito Livios, Varchi colocaba á *Giron el Cortés* en un lugar superior al *Orlando furioso*; Stigliani proclamaba á Tansillo superior á Petrarca, y el Ariosto consagraba medio canto á immortalizar las medianias de su época.

Las academias fundadas en el siglo precedente y que en el de que hablamos llegaron á su apogeo, eran la espresion de este prurito de alabar y ser alabado, y de la aficion de limitarse á la aprobacion de pocos. Resucitaron al principio á imitacion de las antiguas en la academia platónica de Lorenzo de Médicis, y se multiplicaron hasta el infinito, siendo ridiculos la mayor parte de sus nombres y pueriles sus ocupaciones; con las comidas y el vino se inspiraba el estro y cantaban y recitaban versos y oraciones; los príncipes y los obispos se sentaban al lado de los literatos. A veces, en medio de aquellos graves personajes se levantaba Annibal Caro á hacer el elogio de la nariz: «Nariz perfecta, nariz principal, nariz divina, nariz bendita entre todas las narices. Bendita sea también la madre que os dió semejante nariz, y benditas todas las cosas que olfatea vuestra nariz!» Otras Berni alababa las anguilas, los cardos y la peste; Firenzuola la sed y las campanas; Casa la cólera y el tormento de amor; Varchi los huevos duros y el hinojo; Molza la ensalada y los higos; Mauro las habas y las mentiras; éste la tos; aquel la fiebre tercianaria; otro la alopecia, sin faltar alguno que lo hiciese de cosas peores. Estos elogios, en los cuales tenian buena parte los príncipes de quienes recibian los beneficios, eran aplaudidos por los *adormecidos, los infecundos, los filopones*, y tantos otros disfrazados con nombres de esta clase.

Además de su frivolidad, estas academias causaban perjuicio á la originalidad en atencion á que la naturaleza de estos cuerpos es atribuirse el monopolio del buen gusto, y juzgar por las reglas establecidas de antemano; y como no se puede esperar fama sin su parecer, es preciso resignarse á estas reglas arbitrarias, y proceder siempre por reflexion, y no por inspiracion.

Consistiendo la única inspiracion en los elogios y en el dinero, se mendigaban tanto los unos como los medios de adquirir el otro. Bernardo Tasso alargaba la mano, y causa lástima ver las transacciones á que se cree obligado para obtener alguna proteccion y pan (9) de aquel emperador que le habia arrebatado todo por haber sido fiel á su protector. Habiendo ido Luis XII á oír las lecciones de Jason del Maine en Pavia, le pregunta por qué no se casa: *Con el objeto*, contesta, *de que el papa*

(9) Véase la pág. 528.